

## **La memoria**

“La memoria despierta para herir  
a los pueblos dormidos  
que no la dejan vivir  
libre como el viento”.

(Leon Gieco)

"¿Listo abuela? ¿Estás preparada? pongo play y comienza a grabar. Vos siempre mirá a la cámara".

Cuando se enciende la luz roja de la cámara, Bernabela, se introduce en un viaje al pasado; pasado reciente, pasado con heridas abiertas y aún sin sanar. Sus ojos negros se agrandan y brillan cuando se piensa así misma y al que fue su compañero de vida. En el fondo de su ser todavía se pregunta ¿por qué se lo llevaron? ¿Por qué me lo arrancaron? porque arrancándoselo, le quitaron el aliento.

Correntina de nacimiento, allá en el pueblo de Santa Ana, un lugarcito casi escondido en nuestra gran Argentina. Pero allí fue "nacida y criada" como suelen decir en el monte, en el campo. Y ya de chica tuvo que trabajar, limpiando casas para ganarse su salario. Y trabajando, fue cuando lo conoció a El, Domingo Sánchez. Él también era correntino, pero de Empedrado. Y conociéndose, descubrieron el amor. Sin embargo, nunca se imaginaron lo que por amor podrían hacer; nunca se imaginaron hasta donde podrían llegar simplemente por el amor que cada uno sentía por el otro.

Por diferentes circunstancias de la vida, llegaron al Gran Buenos Aires, más precisamente en San Fernando, al norte de la provincia. Cuando la zona todavía estaba cubierta de bañados. Tuvieron cuatro hijos y con sacrificio criaron a Mari, Coco, Telo, y Buchi, tal como los llamaba con cariño doña Berna a la hora de comer; o cada vez que su papá se iba a trabajar en su rastrojero (camioneta) porque sabía que apenas arrancara, se colgarían de esta como solían jugar, y cuando empezara a levantar la velocidad se soltarían para rodar en la tierra. Esa, era una de sus travesuras pero doña Berna no quería que sus hijos se lastimaran, o que les pasara algo. Esta última idea la acompañaría en otro momento de su vida.

Pasaron los años, con sus hijos ya jóvenes y nunca se imaginaron que en una sola noche, sus vidas ya no podrían ser las mismas.

Era el mes de febrero, y en el barrio se festejaba el carnaval. Se escuchaba música por todos lados. Era de noche y ya habían terminado de cenar. En la casa sólo estaban doña Berna, Domingo y Mari, su hija mayor. Sobre la mesa, quedaban algunas milanesas que había cocinado la patrona. También, una botella de vino y otra de soda para acompañar la comida. Domingo decidió irse

a dormir, estaba cansado. Mari prefiere quedarse mirando un rato más un programa de televisión. Eran las 23:30 hs. y se sienten motores de autos que se detienen frente a la casa.

A esa misma hora Coco, estaba en la casa de un amigo a quien había decidido visitar. Marcelo estaba en uno de los bailes que habían organizado en el barrio para festejar el carnaval. Y Buchi, junto a su abuela, estaba volviendo en tren desde Corrientes. Algo estaba a punto de suceder pero nunca se imaginaron algo similar.

Tanto Doña Berna como Domingo y sus hijos, ya no serían los mismos luego de esta noche.

Se escucharon unos golpes en la puerta principal. Mari se levantó y acercándose preguntó tímidamente, ¿quién es?. Alguien del otro lado dijo: "¡policía, coordinación federal, abran la puerta!". Doña Berna, inmediatamente se apresura para despertar a Domingo: "¡viejo, viejo, es la policía!". Ambos tuvieron la intención de que Domingo saliera por la puerta trasera pero vieron que la casa estaba rodeada. Había tres autos en el frente y otros tantos alrededor de la cuadra. Ingresaron cinco hombres, tres uniformados y dos vestidos de civil. El hombre mayor vestido de civil era el que daba las órdenes. Todos estaban armados y uno colgaba de su pecho una tira de balas.

Lo tomaron a Domingo y se lo llevaron a la cocina. Le sujetaron las manos y se las esposaron por la espalda. Lo arrojaron al piso, boca a bajo. Mientras tanto los otros, revolvían la casa buscando algo.

A Doña Berna y a Mari, las llevaron al dormitorio y les gritaron: "arrodíllense al pie de la cama" mientras las apuntaban con una ametralladora. A Mari, la vencieron los nervios y rompió en llantos, no podía dejar de llorar.

Continuaban entrando y saliendo de la casa. Se escuchaban ruidos. Temían por sus vidas. Y en ese instante, preguntaron violentamente: "¡¿dónde están las armas?! ¡¿Dónde están los planos de la bomba?!". Revisaron el techo, los armarios, los colchones, los cajones y volvieron a insistir: "¡¿donde están las armas?!".

Mari no dejaba de llorar. Doña Berna intentaba sin suerte que se callara, hasta que uno de ellos dijo: "ustedes dos, se acuestan en la cama, se tapan la cara con la sábana y se quedan ahí". Doña Berna sintió que se le caía el mundo encima, temía lo peor y pensaba principalmente en su hija y le repetía: "Callate hija, callate mi amor". Los llantos de Mari provocaron que Domingo, desde la otra habitación, preguntara: "¡¿por qué llora tanto mi hija?! Y a continuación se sintieron tres golpes, como culetazos, en el cuerpo de Domingo y reprimiéndolo, le dijeron: "¡se calla, se queda quieto, sino es boleta!". Entonces, el que dirigía todo exclamó: "¡déjenlas que se sienten ahí!", y

mirando a doña Berna exclamó: "...pero dígale a su hija que se calle!". Bernabela, invadida por el terror impartido pero con la fuerza de madre, le volvió a expresar a María: "callate hija que le están tratando mal a tu papá".

Comenzaron a preguntarle todo a Bernabela. "¿Y esta campera?... ¿y quién es Romero Sabina?... ¿y este libro?... ¿quiénes son las personas que lo firman?... ¿dónde viven?... ¿Donde vive Nieves García?... Ella respondía a cada pregunta. Luego, mirándola fijamente, levantaron en sus manos unos diarios y le dijeron: "¿y estos diarios?" (Eran diarios del partido que militaba Domingo). Bernabela manifestó: "...a mi marido le gusta leer de todo"; y le respondieron: "¿de todo? ¿Estás segura?".

Eran las 00:20 a.m. y levantaron a Domingo del piso. Le vendaron los ojos y con las manos atadas a la espalda lo sacaron fuera de la casa. Y en un grito de desesperación, Mari les preguntó: "¿a donde se llevan a mi papá? ¿A dónde se llevan a mi papá?! ¿Por qué hacen esto?! Si nosotros no hacemos nada malo, sólo intentamos vivir como cristianos!". En ese instante, uno de ellos se aproximó hasta la joven, a quien le acababan de destruir la vida, y apuntándole con su arma le respondió: "nosotros también somos cristianos chiquita, tu papá mañana estará en tu casa". Doña Berna y su hija, nunca se imaginaron en realidad que esa sería la última vez que lo verían.

Lo introdujeron en un auto blanco y se fueron del barrio. Al ratito llegó Telo, a quien un vecino le fue a avisar que había llegado la policía a su casa. Y expresó: "¿qué pasó mamá?!". Y doña Berna sólo pudo responderle: "se llevaron a tu papá". Estaba desconcertada por lo que acababan de vivir: "¿por qué?". Y vinieron a su memoria imágenes de su vida, de su compañero.

Doña Berna, no entendía mucho de política. Pero después de ese terrible hecho, esa misma noche salió en busca de su compañero. Fue a hacer la denuncia en la comisaría pero no recibieron ayuda. A doña Berna le preocupaba también su hija Buchi, la menor, quien ese día llegaba de la provincia de Corrientes. Y cómo le iba a explicar que se habían llevado a su papá. ¿Cómo se lo diría? ¿Cómo explicarle a un hijo que no podrían estar más con su papá? ¿Qué ya no escucharían más su voz? ¿Qué ya no se sentaría junto a ellos en la mesa? ¿Cómo respondería doña Berna a la pregunta de "¿Dónde está papá"? Fue un día muy triste para todos, no perdían la esperanza de que volviera, de que lo traerían de nuevo con ellos. Y pasaban los días.

Un abogado del partido le brindó su ayuda en la búsqueda. La conectó con unas señoras que se juntaban en Plaza de Mayo y que también estaban en la misma búsqueda. Fue a su encuentro. ¿Como las encontraría? Y cuando las vio, las reconoció. Y se sumó a su lucha, porque era la lucha de todas. No era sólo Domingo, eran miles, no fue simple azar, lo habían secuestrado, estaba desaparecido. Era un desaparecido de la dictadura militar más atroz que pudo

sufrir nuestro país. La violencia, las amenazas, los silencios, las sospechas eran moneda corriente en esa época. Y fue a reuniones, a protestas, a marchas. Y fue a las iglesias, algunas les cerraron la puerta, otras las escucharon. Eran tiempos de mucho miedo. Y pasaron meses sin noticias. ¿Cómo puede ser?

Sin bajar los brazos, Bernabela siguió adelante, pero en una circunstancia se encontró con la difícil tarea de decidir qué rumbo iba a tomar con su vida y la de sus hijos.

En una oportunidad junto a las Madres de Plaza de Mayo, quedó detenida en una comisaría por protestar y fue en ese mismo instante donde pensó: "¿y si me pasa algo a mi? ¿Quién va a cuidar de mis hijos?...no quiero que los lastimen, no quiero que les pase algo". Y esta idea resonó tan fuerte en su interior que dejó de participar en las marchas, en las protestas. Su lucha se convirtió en lucha silenciosa, a veces con miedo, se podría pensar. Y sus hijos crecieron, y tuvieron sus propios hijos. Ella sólo quiso esperar, esperar que alguna vez regresara a su casa de San Fernando, tal vez en algún aniversario, tal vez en navidad. Esa fue su esperanza, la que la hizo vivir. Y pasaron los años...

Cuando volvió de sus recuerdos más íntimos, miró a la cámara y agradeció que esa noche no hayan estado presentes sus hijos varones. Estaba segura que también se los hubieran llevado. Y no hubiera contado más con sus hijos. Expresa: "Gracias a Dios y la Virgen porque también tuve miedo de que nos violen, porque hacían esas barbaridades; le pedí a Dios, en mí, bien adentro, y me escuchó".

-----

Detrás de la cámara se escucha "¿y cómo era Domingo?"

Domingo trabajaba en un corralón de materiales, era un obrero. Pero no era un obrero cualquiera, se indignaba ante las injusticias del patrón, ante la vulneración de los derechos de sus compañeros, ante el bajo salario. Y empezó a formarse, a leer, a interiorizarse y comenzó a tener más claro sus objetivos políticos. Y leyó a Marx, y escuchó hablar del Che Guevara y de lo que sucedía en Cuba con Fidel Castro, donde allí, sí reconocían los derechos de la clase trabajadora, como él solía decir. "Era un hombre muy inteligente", afirmaba doña Berna. Y fue así como empezó a militar e ingresó al Partido Comunista de San Fernando y fue elegido por sus compañeros de trabajo como delegado, porque él se animaba a reclamar, a no callarse; a no callarse, en tiempos donde corría peligro la vida de los que luchaban por un mundo distinto. Pero Domingo no se atrevió a callarse, porque era más fuerte su compromiso social con los más pobres.

Bernabela, recordó que le pedía que se cuidara, que dejara "eso". Y riéndose

pícaramente expresó como Domingo se apasionaba con su trabajo y con la política y no faltaba oportunidad para que le dijera: "¿vos acaso no sos católica? ¿Sabías que Jesús también es socialista? ¿Qué El enfrentaba a los poderosos y defendía a los pobres?".

Doña Berna, finalizó diciendo: "Cuando se llevaron a Domingo, sólo tenía 44 años. Fue un 20 de febrero de 1977. Pero pareciera que fue ayer".

"Listo, stop". En ese momento la cinta se detuvo y la cámara se apagó. Fue como sentir que algo muy pesado era quitado de encima. Se recuperó el aliento. Y la vida continuó.

-----

En la familia se hablaba muy poco de Domingo y casi se desconocía lo que había hecho Doña Berna en ese entonces. Una de sus nietas, recuerda que se decía: "no le preguntes a la abuela, porque se pone mal". Sin embargo, una tarde, cuando Doña Berna estaba cerca de cumplir sus 80 años, esta misma nieta, hija de Buchi, se anima a preguntar acerca de su abuelo y lo que le había sucedido. Y al preguntar no solo vence sus temores, sino los de su familia. Comienza a comprender la historia de su país, la de su pueblo pero fundamentalmente la de Doña Berna. Fue así como esa tarde, mientras tomaba su matecito, sentadas en su sillón, relató sus recorridas; sus idas y venidas, sus charlas con las madres de Plaza de Mayo, sus pensamientos, sus miedos, principalmente eso, su miedo. Al terminar ese diálogo histórico entre Doña Berna y su nieta, ella le manifiesta: "si sabía que querías conocer de tu abuelo, te hubiera contado antes, cuando tenía más memoria". Su nieta se estremeció, se le llenaron los ojos de lágrimas. El deseo de lucha de Doña Berna estaba intacto, sólo que nadie le había vuelto a preguntar sobre lo que había pasado esa noche.

Hoy se despierta en la mañana, lento y con cuidado; levanta su pierna herida y la acomoda en la cama. Sus 82 años se hacen sentir en la piel, en los dolores físicos y en la mirada. Ella toma su mate, que alguna vez supo ser dulce y que hoy por su diabetes ya no lo puede ser. Toma sus galletitas en las manos, y con esfuerzo se las lleva a boca. ¿Cuánta vida e historia se guardan detrás de las arrugas de la piel y de esas manos delgadas y suaves al tacto?

Pareciera que a partir de ese momento una chispa que estaba dormida volvía a emprender fuerza. La lucha de Domingo no estaba muerta, estaba viva a través de su familia, pero principalmente a través de miles de familiares, madres, abuelas, hijos y hermanos que hasta el día de hoy no claudican en su lucha y no sólo buscan a su ser querido, sino a 30.000 desaparecidos.

Memoria, verdad y justicia. Quizás la verdad y la justicia no están sólo en nuestras manos. Pero no dejemos de hacer memoria. No olvidemos. La

memoria es una construcción colectiva. Recordar, tener presente nuestra historia de país, de latinoamericanos, nos ayuda a desenredar nuestro pasado y como dice Antonieta Potente: a seguir tejiendo en el complejo tejido de la vida.

Doña Berna hizo memoria, y pesar de los achaques de su salud, todavía sigue recordando.

\*Basado en un hecho real.